

UN CUENTO DE HEMINGWAY

Como no era muy dado a frecuentar el Algonquin de Nueva York, nunca llegué a conocer a muchos escritores famosos. Durante los meses que estuve en España mantuve relación con más escritores blancos norteamericanos que en cualquier otro período de mi vida. Ernest Hemingway y Martha Gellhorn estaban en Madrid cuando llegué, así como Herbert Matthews y Leland Stowe. Dorothy Parker llegó ese verano, también Malcolm Cowley y Lillian Hellman, al igual que Elliot Paul, Meyer Levin, Louis Fischer, Joseph North, Seymour Waldman, Richard Watts Jr., Thyra Edwards y Vincent Sheean. El escritor de relatos negro Lucius McDaniels y el poeta Edwin Rolfe eran miembros de las Brigadas Internacionales, y Alvah Bessie se les uniría más adelante. De los escritores ingleses, el novelista Ralph Bates y el poeta Tom Wintringham eran brigadistas. Como corresponsales estaban allí Tom Driberg, de Londres, y Sylvia Townsend Warner y Nancy Cunard que iban y venían de París constantemente. Stephen Spender también visitó España.

Entre los escritores de habla no inglesa que me encontré estaban André Malraux, Juan de la Cabada y Andrés Iduarte, a quienes había conocido en México; Pablo Neruda, Alfred Kantorowicz, Ludwig Renn, Ernst Toller, Gustav Regler, Ilya Ehrenburg, Michael Kolsov, Jef Last y muchos otros de Europa Central y Escandinavia cuyos nombres no puedo recordar ahora. Pero algunos de ellos, según nos contaron en la Alianza, eran muy famosos en sus países, como Nicolás Guillén lo era en Cuba.

La noche que Lillian Hellman hizo su transmisión a Norteamérica desde la radio de Madrid, un obús se llevó por delante la mitad de la cornisa del frente del edificio desde el que estaba hablando. En la Alianza, a unas cuantas manzanas de allí, lo oímos estallar como si hubiesen explotado simultáneamente un millón de gigantes petardos en un mismo punto; un ¡BANG! seco, rápido y estridente de tremendo poder. Pero la señorita Hellman continuó hablando. Su transmisión ya se había retrasado veinticuatro horas porque la noche anterior Madrid había sufrido un bombardeo aún más intenso.

Entonces, más de cien proyectiles cayeron en la ciudad, por lo que la señorita Hellman no pudo abandonar su hotel para dirigirse a la emisora de radio. A la noche siguiente se refirió al bombardeo de la noche anterior con estas palabras: «Uno se queda callado al desencadenarse un bombardeo porque la valentía de esta gente que ha visto tanto, y que verá mucho más, te alcanza y te hace guardar silencio. Y quizá uno se calla porque también está furioso; no puedes creer en un mundo que permite a dictadores extranjeros destruir una ciudad eligiendo cuidadosamente la parte más pobre y más habitada de la misma, donde las casas son más endebles y los niños juegan más, para bombardearla una y otra vez con monótona regularidad. Podría pensarse que el corazón humano se sublevaría y los obligaría a detenerse».

Lillian Hellman puso punto final a su charla radiofónica con una pequeña anécdota sobre un camión lleno de evacuados que iba un día por la carretera de Madrid-Valencia. Dijo: «Cuando en casi todos los demás lugares del mundo habría sido la hora del almuerzo, un anciano sacó su única hogaza de pan. Miró a los que lo rodeaban y dijo: Si nadie tiene pan, entonces yo tengo pan para todos».

Yo había encontrado que la gente de España era de lo más generosa con la poca comida que tenía; así como con sus pertenencias y atenciones. Una vez, en Madrid, llevé a arreglar mis zapatos. Cuando regresé a recogerlos el zapatero no quiso cobrarme.

—Usted —me dijo—, un extranjero, no estaría aquí, en el Madrid sitiado, si no hubiese venido a ayudarnos. No aceptaré su dinero por mi trabajo.

Y no lo aceptó.

Sin duda, el norteamericano más célebre en España era Ernest Hemingway. Me pareció un tipo grande y simpático a quien los hombres de las Brigadas adoraban. Pasaba mucho tiempo con ellos en sus campamentos. El mismo Hemingway había estado bajo el fuego en más de una ocasión y vivía en uno de los edificios más vulnerables de Madrid, el Hotel Florida. De vez en cuando me encontraba con él y con la rubia Martha Gellhorn, y al final del verano me pasé un día entero con Hemingway en las cocheras de las Brigadas emplazadas en las afueras de la ciudad, donde estaban apostados mis amigos

Rucker y Battle. Ahora no me acuerdo de lo que hablamos, nada muy profundo, de eso estoy seguro, y bromeamos mucho mientras compartíamos el rancho de los soldados.

Yo no frecuentaba el mismo bar que Hemingway; el bar que hizo famoso en sus cuentos sobre España. Era demasiado caro para mi bolsillo, puesto que era el único bar de la ciudad donde quedaba whisky escocés, y poco más. La mayor parte de los corresponsales extranjeros lo frecuentaban, así como algunos españoles y militares de mayor postín. Y la hermosa muchacha mora que les gustaba a todos los hombres siempre se dejaba caer por allí a la hora del cóctel. Este bar (el Aquarium) además de ser caro era probablemente la cafetería más peligrosa de Madrid porque se encontraba justo en el centro de la Gran Vía, entre la Puerta del Sol y Cibeles, y a veces los obuses caían a su alrededor. Para empeorar las cosas, las paredes eran de vidrio, como una pecera. Pero mientras estuve allí ningún obús lo alcanzó, por lo que yo sé, ni siquiera llegaron a quebrar sus paneles de vidrio. Sus clientes del cuarto poder, hombres acostumbrados a cubrir guerras y catástrofes por todo el planeta, llevaban un tren de vida privilegiado. Tras interminables horas de cócteles en esta cafetería de paredes de cristal en el corazón del Madrid bombardeado, la mayoría de los corresponsales que conocí y que frecuentaban aquel lugar siguen con vida.

Pero, según me contaron, una noche hubo un tremendo alboroto en este bar, porque cuando estaba más concurrido un hombre desenfundó su pistola y disparó varias veces contra otro hasta matarlo. Hemingway convirtió el incidente en un relato, que se publicaría más adelante en el *Esquire*. Yo no estuve presente. Pero inmediatamente después, dos de las personas que sí estuvieron en el bar, y que se convirtieron en protagonistas del cuento de Hemingway, me relataron lo ocurrido.

Había una joven pareja británica a cargo de las transmisiones en inglés de la radio de Madrid. El hombre era un tipo delgado con quien Hemingway, según me contaron, había tenido una discusión que derivó en una pelea a puñetazo limpio que Hemingway acabó ganando. Desde aquel momento, el autor y la pareja inglesa no se habían vuelto a dirigir la palabra, aunque se veían con frecuencia en el café Aquarium. La chica inglesa era fornida y tenía pelo negro y corto. En

el cuento Hemingway no mencionaba a la pareja por sus nombres, pero la describió tan intencionadamente que nadie que hubiese estado entonces en Madrid podría llevarse a error con respecto a quiénes se refería. En el relato exageró la delgadez del hombre y la corpulencia de la mujer, y en la versión ficticia del incidente hizo que el hombre se escondiese debajo de una mesa cuando sonaron los disparos, dejando a su mujer desprotegida. El inglés, en el suceso real, alegó que había empujado a su esposa a la cocina, y que él se puso detrás de una puerta solo después de haberse asegurado de que ella estaba a salvo. Yo no estuve allí, por lo que no puedo dar fe. Estaba en el Hotel Victoria, esperando que llegasen otros periodistas para cenar. Pero la policía cerró las puertas del bar y no dejó salir a nadie hasta haber terminado su investigación, por lo que esa noche casi todos llegaron tardísimo a cenar.

Lo que desencadenó el tiroteo aquella tarde fue que un español bajito y andrajoso, de edad madura, entró borracho al lujoso bar lleno de extranjeros, militares de alto rango y funcionarios del Gobierno. En sus manos tenía nada menos que un insecticida. Con el buen humor de los alcohólicos, el hombrecillo empezó a rociar a la gente con el insecticida. Un español que estaba en la barra se quejó. Al ver que el hombre seguía con lo suyo tuvo lugar una discusión. El borrachín insultó al otro parroquiano. Los insultos españoles son verdaderamente abominables. En inglés no contamos con nada parecido. El español que estaba en la barra sacó una pistola y mató al borrachín. De este episodio de la vida real Hemingway elaboró una historia de ficción, incorporando al mismo una celebración de boda previa que tuvo lugar aquella misma tarde, en la que se había casado el hijo del borrachín y en la que éste, con su pulverizador, había bebido más de la cuenta.

En muchos de mis relatos he utilizado como punto de partida situaciones y personas reales, pero he tratado de cambiarlos y camuflarlos para que en la ficción no sean reconocibles. Me interesó observar lo que hizo Hemingway con las personas de la vida real en su relato, a quienes en buena parte describió de un modo casi fotográfico.